

IMPRESIONES

Autor: Ángel Obeso

Apenas habíamos dejado la adolescencia, alguna prórroga por estudios y un sorteo en el que casi nadie había pensado nos puso en pocos meses camino de un destino incierto. Para mí y supongo que para la mayoría de nosotros Sahara, aparte de lejanía, despertaba más que nada curiosidad. Eran padres y abuelos los más preocupados, sin duda porque habían vivido en primer o segundo plano aquellos convulsos comienzos del siglo pasado de nuestra historia que en el Norte de África no tuvo precisamente un escenario ajeno a la tragedia. Lo cierto es que en dos días pasamos de vivir la realidad conocida de toda la vida a encontrarnos en un entorno diferente, un entorno que habíamos imaginado en la lejanía del espacio y del tiempo pero que ahora surgía con una variable muy significativa y es que en medio de aquel lienzo estábamos cada uno de nosotros, habíamos dejado de ser meros observadores para convertirnos en actores dentro de aquella extraña representación. Lo mismo que el niño que acaba de nacer desea volver al útero materno mi primer deseo y el de muchos fue poder cerrar los ojos y tras permanecer en letargo durante 13 meses volver a casa. Ni por lo más remoto podíamos imaginar en medio de aquel aeropuerto, en medio del desierto, en medio de la nada que al volver a casa, pasados catorce meses, íbamos a traer con nosotros aquella tierra y que después de cuarenta años nos íbamos a seguir acordando con añoranza de los arenales del norte y de los pedregales del sur, del embrujo de la Saguia, de aquellas noches en las que las estrellas parecían al alcance de la mano, del aire transparente y de las tormentas de arena, de la amistosa mirada de aquellas gentes, de aquellos compañeros que nos ayudaron porque eran veteranos y un código no escrito así lo demandaba, de los que, siguiendo ese mismo código, nos crearon problemas porque se pasaron con la pastilla, de los oficiales que eran un poco menos críos que nosotros y tenían que dar una imagen de madurez que seguramente les negaba su todavía escasa experiencia, de los jefes con apariencia de abuelos que por su edad y saber estar relativizaban cualquier complicación en la dinámica del cuartel y raramente te reprendían por tu torpeza al ejecutar las tareas encomendadas, de todo y todos conservo el mejor de los recuerdos y lamento no haberlo vivido más intensamente porque la juventud está más pendiente de lo que espera en el futuro que de lo que vive en el presente y porque desde el primer momento nos sentimos desterrados en un destino que nunca elegimos. La masiva participación en los diferentes portales pone en evidencia que después de tanto tiempo sigue vivo el recuerdo del Sahara para todos los que tuvimos la, entonces maldecida, suerte de estar allí.

Transcurridas varias décadas, dos cosas observo con acusada nitidez. Una es que el paso de la juventud a la madurez te puede dar una nueva perspectiva de las cosas pero la forma de ser y actuar sufre pocas variaciones a lo largo del tiempo. Otra, después de leer estas páginas y dialogar con compañeros, es que las vivencias y sensación que todos tuvimos entonces, con leves variaciones personales, de reemplazo o de destino, fueron las mismas. Iniciamos la vida militar huyendo hacia nuestra propia interioridad como mecanismo de defensa ante un medio novedoso y de apariencia hostil, estábamos solos en medio de un montón de gente, diríase que estabas en un sueño del que no acababas de despertar.



Pista de aterrizaje en el aeropuerto de Aaiun

B. Álvarez Muñoz

La salida del aeropuerto vuelve a colocarte en aquel cuadro sin marco que es el desierto: dunas, arena, algún camello, saharauis con turbante, imágenes y más imágenes de un mundo diferente acuden con tal celeridad que la mente no es capaz de sintetizar en su totalidad y muchas de ellas aún permanecen confusas.

El trayecto hasta el BIR aunque intenso no fue largo. Al recinto se accedía por una entrada de aspecto monumental muy al gusto del viejo régimen. Al otro lado una pequeña ciudad perfectamente organizada en la que todos sabían lo que tenían que hacer excepto nosotros, los recién llegados que estábamos completamente desorientados y nos desplazábamos en tropel y a impulsos siguiendo órdenes de todos porque todos mandaban. Tras ser ubicado en un barracón te das cuenta de que las instalaciones son las imprescindibles, comedor, pistas deportivas, cantina, servicios (eso sí sólo se podían usar por la noche). Del mobiliario del barracón me acuerdo especialmente del botijo cuya agua tenía un sabor salitroso pero es lo que había.

Tras la expectación de los primeros días se pasa a la monotonía de los siguientes dos meses, por no cambiar no cambia ni el tiempo, todos los días eran idénticos, de sol a sol ni una nube. Poco se tardaba en interiorizar los mecanismos de funcionamiento. Era básico tener todo a mano porque todo se hacía con un margen de tiempo mínimo, tiempo que al fin sobraba y había que llenar de alguna manera, recogiendo colillas, paleando la arena para volverla al otro lado del muro o simplemente perdiéndolo en charlas intrascendentes, la razón última es que sobraba. Pocas cosas alteraban este invariable transcurrir de los días; instrucción, más instrucción, alguna clase teórica, formar y romper filas, baño en la playa que más bien era un simulacro, paso ligero hasta la duna o reconocimiento médico que se hacía con más voluntad que medios técnicos. Una jornada de marcha por la periferia te permite ubicar el cuartel dentro de su entorno, pronto observas el gran contraste que supone ver al lado de modernísimas torres de Fos Bucraa ovejas pastando, aunque no se veía ni una hierba, y pastores que presentan

formas de vida de épocas muy lejanas incluso para nosotros que no llegábamos de lo más avanzado de occidente.



BIR Nº1 Playa de Aaiun

El tiempo se consumía con mucha lentitud y pocas alternativas, una vez que habías recibido la ropa militar y habías dejado pasar la oportunidad de ingresar en el tercio o en el cuerpo de paracaidistas tal como te proponían compañeros ya alistados las expectativas de algo diferente quedaban reducidas a la salida para visitar Aaiún y la lejana jura de bandera

Éramos tantos que hasta los servicios te afectaban poco, yo al menos no hice más que uno, la recogida de basura. Ese día me reservaba una escena verdaderamente impactante que fue ver a gente peleándose por los restos de comida que tirábamos. Es una imagen recurrente que creo no voy a olvidar nunca. Otro que no considero ni servicio porque se hacía a modo de ejercicio práctico bajo la supervisión de los instructores fue una ronda de guardia nocturna. Todavía me acuerdo del santo y seña: Florencio, Florencia y de la contraseña florero. El tiempo del que podías disponer libremente se dedicaba a jugar al fútbol en aquella explanada aneja donde era difícil esquivar los socavones también a baloncesto en las pistas pero era la cantina el lugar de evasión preferido.

Pasado un mes ya se nos permitía visitar la capital. La salida era masiva. Ese día te dabas cuenta, al menos los del reemplazo de julio, de la privilegiada situación de Cabeza de Playa porque en la ciudad hacia un calor terrible, era tu primer contacto con la realidad del desierto ya que en las zonas costeras el mar dulcificaba la rigurosidad climática del desierto. La ciudad no me sorprendió de una manera especial. Por el trazado de las calles, por la distribución de los espacios de uso público y por la funcionalidad de las construcciones diríase que estábamos en una ciudad europea más, de no ser por los elementos ornamentales y decorativos propios de la arquitectura islámica que es lo que de alguna manera nos ponía en una realidad diferente.



Sagua desde el cuartel de Artillería 95 de Aaiun

Todo el aprendizaje y adiestramiento ejecutados durante el periodo de instrucción llevaban a la jura de bandera. Había una idea preconcebida de convertir esa ceremonia en algo singular y de gran significado para todos los que estábamos en disposición con mayor o menor entusiasmo de ser soldados. Había que convertir el homenaje a la bandera y demás símbolos de la nación en un acto singularmente solemne y de compromiso dentro de un marco cuidadosamente preparado para que resultara brillante muy en la línea estética de las exhibiciones castrenses. En este punto no puedo dejar pasar por alto que en septiembre de 1973 el juramento a la bandera como símbolo de la integridad de la patria incluía la entonces denominada provincia del Sahara. Debo significar que nunca he sido gran defensor de los símbolos, aunque los respeto, porque, con frecuencia, obsesionados por la representación perdemos de vista el elemento más importante que es aquello que se representa.

Pero en la mente de la mayoría de nosotros se imponía sobre cualquier otro pensamiento la preocupación por el inmediato destino que si por una parte implicaba una ruptura con lo conocido por otra abría un abanico de posibilidades entre las que se podía establecer un orden de preferencias aunque al final se impusieran las necesidades del servicio. Había compañeros que querían vivir intensamente su presencia en Sahara y solicitaban destinos alejados de la costa pero la mayoría, entre los que me incluyo optamos, precisamente por lo contrario. Es así como en pocos días me vi camino de Villacisneros, un destino que no había encabezado mi lista de preferencias pero recibido con satisfacción, algo compartido con el resto de compañeros de igual suerte, máxime cuando había varios descontentos con la suya. Los que continuaron en el BIR sí se sentían afortunados por continuar en lo conocido. Los de Aaiún reflejaban conformismo. Los de Cabrerizas desagrado por ir demasiado cerca. Los de Smara y destacamentos del interior expectantes y preocupados sobre todo si no lo habían pedido o les toco de rebote. Ya he señalado que los de Villa nos sentimos afortunados porque todas las informaciones coincidían en poner la lejanía como única objeción.

Es a partir de la salida del BIR hacia las diferentes unidades cuando las vivencias de cada uno adquieren rasgos diferenciales pero el eje vertebrador, por encima de cualquier

particularismo, son los meses allí vividos en un entorno adverso y enigmático donde el tiempo parecía haberse detenido y donde todos nos conocíamos a pesar de no habernos visto nunca. La empatía que fluye en estas páginas así lo confirma.

A partir de la jura de bandera poco a poco se fue desalojando el BIR. Los de Villa salimos los últimos. El viaje hacia la antigua capital fue de los que quedan en la memoria, la lejanía en el tiempo era muy superior a la que cabía esperar por la distancia espacial, carretera al principio y después desierto del que se aprovechaban los wadis secos para circular, hasta cerca de Villacisneros no volvía a aparecer aquella rudimentaria carretera. Habíamos iniciado el viaje antes de amanecer y llegamos después de ponerse el sol. En Villacisneros todas las unidades estaban integradas en el acuartelamiento del cuarto tercio de la legión, Alejandro Farnesio, emplazado unos seis kilómetros antes de llegar a la ciudad. La excepción era el Destacamento de Artillería dependiente del Regimiento Mixto 95 de Aaiún que estaba ubicado en el casco urbano, este era mi destino. Al llegar lo primero que te encontrabas era la pastilla de los veteranos. Para mí era algo aceptable en los días posteriores pero la primera noche me parecía poco acertada y un tanto cruel dado el cansancio y la desorientación con la que llegabas. Me llamó la atención que a diferencia del BIR el cuartel era reducido tanto en tamaño como en efectivos. Ello tuvo dos efectos inmediatos por un lado se perdía el anonimato de la etapa anterior y por otro el contacto con oficiales y restantes instancias de mando paso a ser menos protocolario y más cercano.



Núcleo urbano de Villacisneros

Como en la etapa anterior después de las primeras semanas se entro en un periodo de rutina interrumpida por la incorporación a algún servicio que aquí ya eran mucho más frecuentes, en mi caso casi exclusivamente guardias pero fueron 37 en total. Por lo demás un día era lo más parecido a otro, por la mañana instrucción y por la tarde teórica, siempre que hubiera alguien para darla porque era algo secundario y dependía más del oficial de servicio que de una programación preestablecida. Algo que yo desde luego echaba mucho de menos era fuentes de

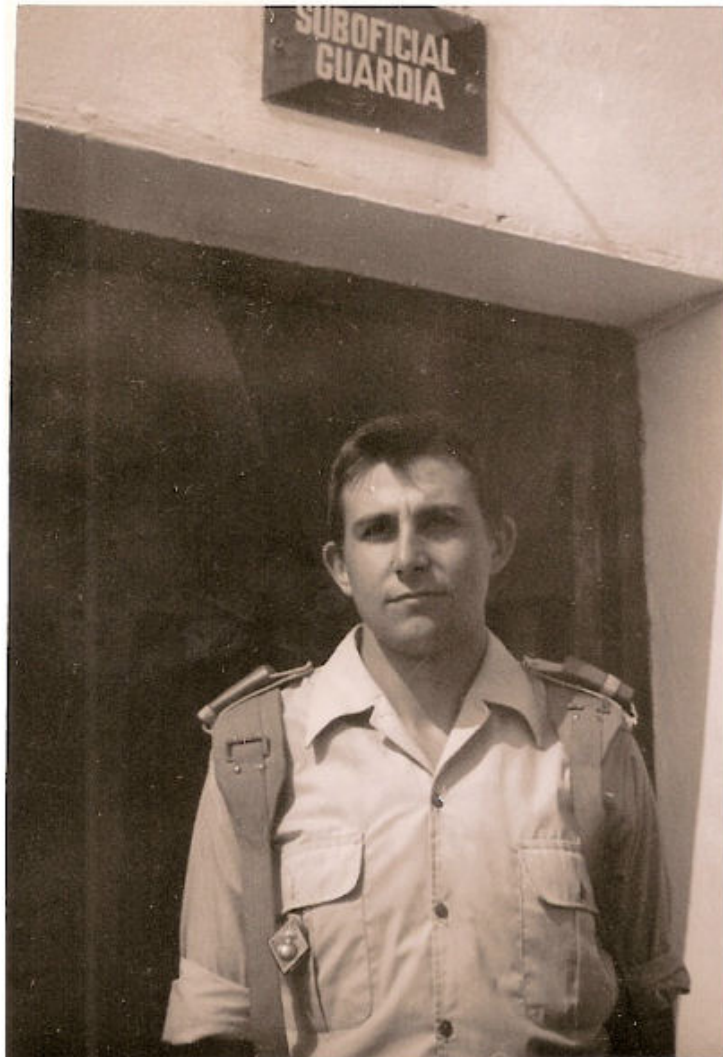
información. La prensa cuando llegaba lo hacía con un considerable retraso. La televisión no llegaba y la radio lo hacía con dificultad extrema. En estas circunstancias era la correspondencia el único vínculo que te permitía relacionarte con el mundo que habías dejado. Paradójicamente en una institución profundamente jerarquizada; los que formábamos la clase de tropa, durante estos meses, vivimos unas relaciones definidamente igualitarias. La estratificación y la diferenciación que sin duda se impuso después, seguramente se comenzaron a abrir el primer día después de licenciarnos. Es de significar respecto a lo anterior que la autoridad de los cabos y cabos I venía más alentada por la veteranía y lealtad personal que por el nombramiento. Otra reflexión es que a pesar de venir de un reclutamiento forzoso la inmensa mayoría de compañeros actuamos con el mayor de los entusiasmos y ganas de hacer bien las cosas, a pesar de que para la mayoría de nosotros aquel aprendizaje y aquel trabajo no iba a ser parte de nuestra profesión en la vida. Esto desde luego creo que es extensible a todos los reemplazos de todas las quintas de todo el país al menos en el periodo en que nos estamos moviendo. Si esto fue así, y hay pocos argumentos en sentido contrario, el trabajo de esta generación en la vida civil ha sido, sin lugar a dudas el soporte fundamental para explicar el desarrollo que en todos los ámbitos ha tenido este país a lo largo de los últimos 40 años. Otras serán las razones de la crisis, no el nivel de esfuerzo y compromiso en nuestro trabajo.



Acuartelamiento del Regimiento Mixto de Artillería N°95. Villa Cisneros

Volviendo a la ciudad. Villacisneros se presenta ante nosotros como un núcleo de población muy diferente a Aaiún. Se extiende paralela a la costa sobre la ría y a diferencia de la capital da la impresión de estar abierta a todo; al mar, al desierto, al cielo, al pasado y al futuro. Los edificios oficiales son escasos y la presencia militar menos profusa, sin duda por las especiales circunstancias del acuartelamiento. La condición marítima hace de este enclave un verdadero paraíso que valorabas cada vez que tenías que desplazarte unos kilómetros hacia el interior para hacer ejercicios de tiro. Los momentos de ocio se centraban en aficiones relacionadas con

el mar como puede ser pescar en el puerto o ir a las tranquilas playas de la ría. También pasear por la ciudad, entrar en alguno de los muchos establecimientos comerciales donde el regateo era para ellos poco menos que una manifestación de fe y para nosotros una manera de pasar el tiempo. Había dos salas de cine donde se proyectaban películas más bien próximas a los orígenes en la historia del cine.



De servicio en el cuerpo de guardia

Cuando despedíamos el año 73 que nos había visto llegar y recibíamos el 74 confiados en la continuidad de aquella realidad inalterable en que se había convertido nuestra vida, a la espera de volver a casa, en absoluto podíamos imaginar que la suerte de Sahara se estaba decidiendo muy lejos de allí en ese inmenso tablero de ajedrez que son las relaciones internacionales. Entrando el verano, a falta de una información fiable, los rumores de declaraciones y movilizaciones en el norte se dispararon. Recuerdo que la población saharauí, con la que manteníamos unas excelentes relaciones, estaba preocupada y expectante ante los acontecimientos que se avecinaban. Nosotros, y es este un fenómeno repetido muchas veces en el transcurrir del tiempo, estábamos viviendo acontecimientos históricos, sin darnos cuenta. Teníamos en mayor o menor medida la mente puesta en regresar a casa, dependiendo del tiempo que faltaba a cada reemplazo para alcanzar la licencia.

Nadie imaginaba que estábamos en la fase terminal de nuestra presencia en el Sahara y que la realidad en la que estábamos inmersos no pasaba de ser una representación en la que otros

movían los hilos y en la que nosotros al margen de graduación y veteranía no pasábamos de ser meros figurantes. Se estaba empezando a escribir un drama, incruento para nosotros pero brutal para el pueblo saharauí que en poco tiempo iba a terminar siendo extranjero en su propia tierra.

Lejos, al otro lado del océano quienes se habían auto nombrado garantes de la libertad de las naciones de su soberanía nacional y de la justicia en las relaciones internacionales hacían trampa y miraban para otro lado.

Agosto 2012

Ángel Obeso González

Nota - Las imágenes ilustrativas de este escrito han sido tomadas de la WEB y se ha mantenido el nombre y descripción correspondiente. Si alguno de los titulares de alguna de estas desea que sea retirada por favor comuníquese al administrador de la WEB "La mili en el Sahara".